La clase media mexicana: entre la tradición, la izquierda, el consumismo y la influencia cultural de Estados Unidos (1940-1970)

Emilio Coral

Las tres primeras décadas del siglo XX fueron años de turbulencia política y económica en México. El país vivió la deposición del Porfiriato y la Revolución, el conflicto cristero en la segunda mitad de los años veinte, y más tarde, a partir de 1929, la crisis económica mundial. En los años treinta, el Estado mexicano hubo de instrumentar políticas de cambio que culminaron con las profundas reformas económicas y políticas emprendidas por Lázaro Cárdenas, entre 1934 y 1940. Tales reformas fueron definidas por una retórica radical que frecuentemente alarmaba a las élites nacionales e internacionales. Muchos de los integrantes de las clases medias se escandalizaron por el discurso socialista que el Estado solía utilizar, y consideraban que la familia y las tradiciones religiosas mexicanas estaban en juego.

En la década de 1940, sin embargo, el discurso del gobierno cambió bajo la tutela de Manuel Ávila Camacho; además, los procesos de urbanización e industrialización se volvieron más que nunca parte de las políticas axiales de desarrollo del régimen político. De ahí en adelante, el partido oficial buscó allegarse el apoyo de las clases medias, en tanto que al mismo tiempo dejaba a un lado la retórica radical de Cárdenas. El Estado mexicano y Estados Unidos parecían, asimismo, estar más cercanos que nunca el uno del otro. El tiempo para la revolución y levantamientos populares parecía haber llegado a su fin. Los conceptos de paz, estabilidad y unidad nacional se volvieron aspectos clave en la retórica política del gobierno. Conforme el partido oficial buscó garantizar mejores condiciones políticas y económicas para el crecimiento nacional, las clases medias fortalecieron su posición social, dado que en muchos casos sus miembros trabajaron directamente para el gobierno como servidores públicos o pequeños empresarios vinculados al gobierno. Tal vez no se trataba de un apoyo abierto o totalmente directo de las clases medias al gobierno, pero al menos parecía validar muchas de las tendencias políticas y económicas auspiciadas por el Estado de aquel entonces.

El periodo comprendido entre 1940 y 1970, en el cual centramos este ensayo, corresponde a las etapas conocidas como de "crecimiento con inflación" (1940-1952) y de "desarrollo estabilizador" (1952-1970), en las cuales los gobiernos posrevolucionarios promovieron un proyecto de desarrollo urbano-industrial patrocinado por el Estado que supuestamente incrementaría la competitividad económica internacional del país en el corto plazo. Durante este periodo, las diferentes administraciones presidenciales crearon una fuerte alianza con industriales y empresarios a efecto de aprovechar el control corporativo del gobierno ejercido sobre importantes sectores

de trabajadores y campesinos, logrado a partir del régimen de Lázaro Cárdenas. De este modo, la retórica del Estado se centraba en la industrialización nacional con la promoción del desarrollo social. Esta época fue conocida también como el "milagro mexicano" dado que se logró obtener un crecimiento promedio del Producto Interno Bruto aproximadamente de 6 por ciento por año.

En la década de 1940 inició un periodo de cambio político y económico en México que trajo consigo una profunda transformación demográfica y social del país. Mientras que el proceso de urbanización era todavía incipiente en la década de 1930, durante la década de 1940 y la de 1950, éste se convirtió en una tendencia incontenible que definiría de manera determinante la construcción del México moderno. En tanto que en 1940, 64.91 por ciento de los mexicanos aún vivía en regiones rurales,[1] entre la década de 1940 y la de 1950 la población urbana creció de manera tal que ya en 1960, 76 por ciento de la población se concentraba en ciudades con 50000 habitantes o más.[2] Además, la ciudad de México, Guadalajara y Monterrey concentraban casi a la mitad de la población del país, reuniendo también alrededor de 60 por ciento de la producción industrial nacional. En 1960, la ciudad de México concentraba alredededor de 55 por ciento de la producción industrial,[3] además de que la población de esta ciudad presentó un crecimiento sin precedente entre 1940 y 1970, pues durante este periodo se cuadruplicó, elevándose de 1.7 millones de habitantes a 7 millones. Aparentemente, los años previos de inestabilidad y lucha por la mejoría económica comenzaron a rendir fruto en la medida en que una creciente industrialización y mayor desarrollo económico ocurrieron.

Conforme dicho crecimiento demográfico tuvo lugar en las áreas urbanas, hubo también una expansión paralela de la población que podría considerarse como perteneciente a la clase media. Mientras que en 1920, sólo 7 por ciento de la población podía considerarse como parte de la clase media, en 1940 alrededor de 17 por ciento formaba parte de este sector social. En 1960, 22 por ciento de la población podía considerarse como de clase media, en tanto que en 1970 este sector representaba 25 por ciento de la población.[4] Si esto se mira en términos de valores absolutos, el incremento de la población de clase media en México entre 1940 y 1970 fue un fenómeno sin precedente que correspondió a la expansión en la actividad industrial y de la maquinaria burocrática del Estado durante dicho periodo.

En este trabajo proponemos que entre 1940 y 1970, las clases medias mexicanas recibieron una influencia determinante de Estados Unidos que alimentó su identidad, aunque a la vez este sector social luchó por mantener valores tradicionales fundamentales, e incluso muchos de sus integrantes se opusieron abiertamente a la influencia estadounidense. Con esto, las clases medias reflejaron algunas de las contradicciones propias del Estado mexicano. Se trató de una época en la que hubo una aproximación mayúscula entre México y Estados Unidos, a pesar de que la retórica política nacionalista y de izquierda promovida por el gobierno proponía rumbos que parecían contrarios a tal aproximación. Por otra parte, en tanto que la educación superior y la expansión de una maquinaria burocrática que demandaba más empleados fueron diseñadas por el Estado como fuente importante para la captación de las clases medias, apareció una creciente oposición al sistema por parte de los miembros más educados de tal sector. Profundas contradicciones coexistieron en el modelo político: las políticas de desarrollo urbano-industrial, y la expansión del comercio

[1] Véase José Iturriaga, *La estructura social y cultural de México,* México, FCE, 1951, p. 19.

[2] Véase Charles Nash Mayers, *Education and National Development in Mexico,* New Jersey, Princeton University, 1965, p. 16.

[3] *Ibidem*, pp. 19-20.

[4] Véase Soledad Loaeza y Claudio Stern, *Las clases medias en la coyuntura actual,* México, El Colegio de México, 1987, p. 24.

y servicios en la ciudad de México reflejaron el hecho de que el Estado mexicano, no obstante su retórica revolucionaria y populista, privilegiaba la mejoría de los sectores urbanos y de clase media por encima de los trabajadores y campesinos. Sin embargo, ya en 1960, algunas de las debilidades más importantes de tal modelo eran insostenibles, y comenzaron a tener, asimismo, un impacto negativo entre los propios sectores de clase media, a pesar de los amplios beneficios que éstos habían recibido inicialmente.

Desde 1951, en su *Estructura social y cultural de México,* José Iturriaga ya ofrecía uno de los primeros estudios serios acerca de la expansión de las clases medias mexicanas y de su creciente importancia en la sociedad nacional.[5] Parecía como si el diagnóstico que hiciera Andrés Molina Enríquez cincuenta años atrás finalmente estaba en proceso de ser superado. En tal diagnóstico, Molina Enríquez afirmaba que la falta de un fuerte sector de clases medias en el país, que aminorara la distancia entre el pequeño grupo de mexicanos enriquecidos y la gran masa de pobres, era uno de los problemas más importantes en México;[6] sin embargo, el desarrollo social, tal como Ifigenia Martínez demostrara en la década de 1960, principalmente beneficiaba a la clases medias urbanas y altas mexicanas, en tanto que la situación económica de las áreas más pobres y rurales del país empeoraba.[7] Así, aún existía un margen muy amplio de disparidad en la distribución del ingreso, el cual volvía evidente la falta de consistencia detrás de la retórica posrevolucionaria. En medio de tales contradicciones, la protesta de los sectores más jóvenes y radicales de la clase media hizo su aparición desde la década de 1950. Nuestro periodo de estudio, de hecho, termina con la revuelta estudiantil y trágica masacre de finales de los años sesenta en la Plaza de Tlatelolco, así como con la creciente animadversión de muchos sectores de las clases medias en contra del Estado, provocada por profundas contradicciones en el modelo de desarrollo económico instrumentado. Los acontecimientos de finales de la década de 1960 marcaron un giro fundamental en la relación entre el Estado y las clases medias mexicanas.

Definir a la clase media de la sociedad mexicana representa un reto importante, pues un criterio basado en los ingresos o propiedades de sus integrantes no alcanza a capturar las complejas variables detrás de la definición de este sector social.[8] De acuerdo con Soledad Loaeza y Claudio Stern, las clases medias mexicanas se caracterizan por su trabajo en tareas no manuales, su perfil predominantemente urbano y su alto nivel educativo.[9] Según José Iturriaga, el acceso a la cultura urbana organizada (tradicionalmente "alta" cultura) y a los productos de consumo, de los cuales las clases bajas carecen, es una característica esencial de la clase media.[10] La autodefinición cultural es también fundamental para la ubicación de la clase media mexicana. Como en el caso de otras sociedades latinoamericanas, la educación formal ha dado acceso a este sector en México al desempeño de

[5] Véase José Iturriaga, *op. cit.*, pp. 20-40.

[6] Véase Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, México, Impresora de A. Carranza e hijos, 1909, pp. 300-320.

[7] Véase Ifigenia Martínez de Navarrete, "La distribución del ingreso en México: tendencias y perspectivas", en *El perfil de México en 1980*, México, Siglo XXI, pp. 15-73.

[8] En la actualidad, de acuerdo con un criterio basado en el ingreso, aquellos que ganan más de cuatro salarios mínimos por mes son considerados como parte de las clases medias. Veáse Enrique Alduncin, *Los valores de los mexicanos,* México, Banamex-Fomento Cultural Banamex, 1986-1993, vol. 3, p. 43. Sin embargo, hay gente que no gana más de cuatro salarios mínimos en un momento dado ni tampoco posee propiedad alguna, y aun así se les puede considerar como pertenecientes a la clase media. Por ejemplo, a un joven profesionista que apenas inicia su práctica profesional y obtiene un incipiente sueldo o ningún sueldo en absoluto, sin ninguna propiedad en sus haberes, aun así se le consideraría como miembro de la clase media. En este caso, su educación, su lugar social en potencia y su autodefinición cultural son más importantes para su clasificación social que su ingreso real o propiedades.

[9] Véase Soledad Loaeza y Claudio Stern, *op. cit.*, p. 21.

[10] Véase José Iturriaga, *op. cit.*, p. 78.

papeles como profesionistas y al disfrute de actividades culturales —teatro, películas, revistas, etc.— que han jugado un papel esencial para su autodefinición como clase media. Niveles educativos relativamente altos, mayores oportunidades para el desarrollo intelectual, así como el desempeño de trabajos no manuales para generar sus principales ingresos, se cuentan entre los aspectos más importantes que han configurado la identidad de la clase media en México.

Entre las clases medias mexicanas, el ganarse la vida sin depender predominantemente de la realización de tareas manuales ha sido de la mayor importancia. Ser un comerciante, un profesionista, un burócrata, un supervisor, un intelectual o un artista han sido signos claros de pertenencia a las clases medias. A diferencia de Estados Unidos, el trabajo como obrero o campesino difícilmente da al individuo el estatus social requerido para ser considerado parte de la clase media. Sólo con importantes reservas, los obreros mejor calificados y mejor pagados o algunos rancheros y granjeros han sido considerados como clase media. Ser parte de las clases medias en México ha implicado ser urbano y ganarse la vida a través de alguna de las labores no manuales ofrecidas por las ramas intelectuales, burocráticas, comerciales o del sector servicios. La herencia histórica mexicana se ha visto altamente influida por prejuicios ibéricos que consideraban el tener que realizar trabajos físicos o manuales como algo relativo a clases sociales de menor posición; según esto, quienes desempeñaran cualquier tipo de trabajo manual para ganarse la vida eran mirados con cierto desprecio. Así, se tenía que ser oficinista, empleado, clérigo, abogado o doctor para ser una persona respetable. En consecuencia, otras ocupaciones eran consideradas como inferiores en la sociedad mexicana.[11] De esta manera, se consideraba que entre menos actividad física involucrara un empleo determinado, mayor estatus social debía tener la persona. Entonces, es lógico esperar de las clases medias un marcado desdén hacia cualquier tipo de trabajo asalariado físico, así como la urgencia por mantenerse aparte de cualquier tarea de este tipo a efecto de reafirmar su identidad social. Nathaniel Whetten ofrece algunas aseveraciones interesantes en este sentido. Nos dice acerca de las clases medias mexicanas durante los años cuarenta: "Probablemente emplean a una sirvienta o dos, para ayudar con el trabajo del hogar, de modo que tanto la esposa como el marido puedan sacudirse la carga del trabajo del hogar, que generalmente son considerados como relativos a una baja posición social".[12]

Luego de tomar en consideración los elementos anteriormente mencionados, podemos esbozar una definición de clase media que sirva como base para el presente trabajo. Así, por clase media en México entendemos a aquellos sectores de la sociedad que principalmente obtienen sus ingresos a través del desempeño de trabajos que no involucran tareas manuales de manera prioritaria, que cuentan con niveles educativos relativamente altos, y con un acceso privilegiado a los servicios culturales, de salud y de recreación disponibles principalmente en las zonas urbanas del país.

Este ensayo se centra en la ciudad de México, debido a que ésta representa la expansión del espacio urbano por excelencia, y la identidad de clase media en México ha estado estrechamente relacionada con una urbanización creciente. El espacio urbano ha moldeado de manera importante la identificación política y social de las clases medias.[13] Por otra parte, la ciudad de México ha concentrado los porcentajes más importantes de producción industrial e inversión económica pública y privada en el país; los habitantes de la gran ciudad han sido claramente los beneficiaros más directos de las políticas sociales

[11] Véase Francisco López Cámara, *La estructura económica y social de México en la época de la Reforma*, México, Siglo XXI, 1967, p. 215.

[12] Nathaniel Whetten, "The Rise of a Middle Class in Mexico", en Theo Crevenna (comp.), *La clase media en México y Cuba,* Washington, D.C., Unión Panamericana-Departamento de Asuntos Culturales, 1950, p. 25.

[13] Véase Soledad Loaeza, *Clases medias y política en México,* México, El Colegio de México, 1988, p. 30.

posrevolucionarias, en el contexto de la centralización política y económica instrumentada por el Estado.

La influencia de Estados Unidos

A partir de la década de 1940, la clase media mexicana se vio expuesta a una nueva influencia cultural sin precedente proveniente de Estados Unidos. Se trató de una época en la cual el gobierno de ese país dirigió una cruzada cultural que tenía por objetivo contrarrestar lo que éste consideraba como el peligro de la influencia comunista en América Latina, particularmente en México. Sin embargo, fue también un periodo en el que la influencia estadounidense enfrentó sus retos más profundos, dado que en el Estado mexicano y los sectores medios de la sociedad se materializaron importantes contradicciones: en tanto que la influencia de la cultura material de Estados Unidos era atractiva para el grupo gobernante y las clases medias mexicanas, y se buscaba su incorporación como parte importante del desarrollo nacional y las tendencias modernizadoras, muchos otros valores culturales, considerados como transgresores de aspectos tradicionales de la sociedad, fueron vistos con recelo. De esta manera, no solamente las clases medias educadas de izquierda se opusieron a la mayor influencia estadounidense en México, sino que también diversos sectores más tradicionalistas y de derecha lo hicieron, debido a que eran fuertemente nacionalistas y defensores de las tradiciones patrias.

En los años cuarenta, nuevos estereotipos que reflejaban las profundas transformaciones ocurridas en la sociedad mexicana aparecieron en la cinematografía nacional. Con impacto creciente, emergió una nueva ola de películas que de manera predominante presentaba escenarios urbanos y contribuía a expandir la conciencia cosmopolita de su audiencia. Joaquín Pardavé, Fernando Soler, Pedro Infante, Blanca de Castejón y Emilia Guiú se contaron entre los diversos actores y actrices que representaron personajes de clase media o alta. Muchos de estos caracteres también contribuyeron a expandir la concepción de lo que era ser mexicano; películas como *El Baisano Jalil*, con Joaquín Pardavé y Sara García, se centraban en los inmigrantes libaneses que más tarde se insertarían como parte importante de los sectores medios y altos de la sociedad. Otras películas como *Cuando los hijos se van* (1943), *Arriba las mujeres* (1943), *Una familia de tantas* (1948), retrataron el nuevo escenario urbano e industrial en el que México buscaba forjar su nueva identidad. *Allá en el rancho grande*, de Tito Guízar ya no monopolizaría más la identidad mexicana, aunque las películas rancheras continuaron ocupando un sitio fundamental en la llamada "Época de oro del cine mexicano". En los años cuarenta, Germán Valdés *Tin Tán* filmó sus primeras películas con gran éxito; posteriormente se convertiría en el retrato vivo del poco refinado pachuco, urbano, gracioso, inteligente, extraordinariamente hábil, buen amante, e imparable en sus ridiculizaciones de las clases altas. El pachuco representado por Valdés, solía usar un lenguaje en el cual variadas palabras en inglés complementaban algunas de sus expresiones más coloridas y características.[14] Sin embargo, la mezcla de algunas palabras en inglés con el español no era monopolio exclusivo del pachuco, sino que de hecho se convirtió en una moda entre los sectores medios y altos de la sociedad. Términos como *cocktail party, drive inn, sandwich, lunch,* entre muchos otros, se volvieron de uso común para la mayoría de los integrantes de dichas clases sociales. En cualquier fiesta que se preciara de estar bien organizada, no podían faltar los "jaiboles" (castellanización en México del término *highballs*), bebida compuesta de whisky mezclado con ginger ale o agua mineral gaseosa. Por otra parte, el fumar cigarros Lucky Strike se volvió símbolo de elegancia y cosmopolitismo, especialmente mientras se leía un ejemplar de la revista *Time* o de *Selecciones*

[14] Mayor referencia a estas películas puede obtenerse en Emilio García Riera, *Historia documental del cine mexicano,* México, Universidad de Guadalajara/Conaculta, 1992-1997.

del Reader's Digest. Salvador Novo, importante intelectual y representante de la clase media mexicana de la época, nos ofrece sus crónicas urbanas de los años cuarenta, salpimentadas con palabras como *drink, party, social relations, informally, writer, cocktails, dash,* entre otras muchas que hacen más viva su narración en la cual nos ofrece retratos vivos de la sociedad de su época.[15] En una de sus crónicas, Novo describe una invitación de último momento de la siguiente manera: "Ya estaba yo muy a gusto en mi cama; con mi bolsa de agua caliente; mi *Life* y un volumen de comedias en un acto por leer; con el burgués radio encendido; con los *Luckies* a mano, cuando un teléfono angustiado me conminó a vestirme de *tuxedo* y volar a una cena. Al *social secretary* de aquella familia se le había olvidado invitarme, y mi presencia era imprescindible".[16] Para las clases medias y altas de la sociedad, ser moderno implicaba ser urbano y estar en contacto cercano con los modelos de vida estadounidenses. Años antes, durante el Porfiriato, hablar en francés y estar sintonizados con la cultura francesa eran símbolos de distinción y educación; sin embargo, durante la década de 1940 aprender inglés se volvió la nueva tendencia a seguir, según los nuevos dictados de la modernización en marcha en el México de aquel entonces.

El contexto creado por la Segunda Guerra Mundial y la consolidación de la presencia internacional de Estados Unidos como potencia mundial fueron factores que contribuyeron a afianzar la relación entre México y aquel país.[17] Desde el régimen cardenista, el apoyo del gobierno mexicano a Estados Unidos en contra de la Alemania nazi —al alinearse con la causa aliada— había demostrado ser una carta muy poderosa para el gobierno mexicano, pues le permitió negociar importantes márgenes de autodeterminación, tal como la exitosa expropiación petrolera de 1938 lo había ejemplificado. Además, durante los años de conflicto militar, y principalmente a partir de 1941 con la entrada directa de Estados Unidos al conflicto armado, la maquinaria de guerra de este país requería de ser nutrida con productos mexicanos. Así, no sólo las materias primas y la mano de obra de cientos de "braceros" mexicanos alimentaron la economía estadounidense, sino también importantes productos industriales como el acero.[18] Por otra parte, a los empresarios y al gobierno mexicanos les resultaba muy conveniente esta nueva y creciente relación comercial con el vecino país del norte, pues dotaba al país de bases sólidas para fortalecer la plataforma industrial y comercial de México.

A partir de 1940, el gobierno de Manuel Ávila Camacho estrechó más que nunca los lazos con el gobierno de Estados Unidos y los inversionistas de ese país. La buena relación que mantuviera su antecesor Lázaro Cárdenas con el gobierno de Franklin Delano Roosevelt, con la intermediación del embajador estadounidense Josephus Daniels, y a pesar de la expropiación petrolera de 1938, encontró una proyección sin precedente durante el periodo de Ávila Camacho. Durante el régimen avilacamachista y después —particularmente durante el gobierno de Miguel Alemán Valdés—, el gobierno mexicano abrió las puertas al capital estadounidense a efecto de consolidar empresas conjuntas con el capital nacional.[19] En tanto, el apoyo financiero del Estado, así como la inversión pública consideraron el desarrollo rural de manera marginal. La economía guiada por el Estado aparentemente promovería un desarrollo económico en el cual

[15] Véase Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho,* México, Empresas Editoriales, 1965 y *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán,* México, INAH, 1994.

[16] Salvador Novo, *op. cit.*, 1994, p. 106.

[17] Véase Friedrich Katz, "International Wars: Mexico and U.S. Hegemony", en Leticia Reina, Elisa Servín y John Tutino (eds.), "Crisis of Conflict, Centuries of Change: Crisis, Reform, and Revolution in Mexico", Durham, Duke University, en prensa, pp. 337-350.

[18] *Ibidem*, p. 345.

[19] Véase Stephen Niblo, *War, Diplomacy, and Development: the United States and Mexico, 1938-1954,* Wilmington, Del., Scholarly Resources, 1995, p. 181.

el sector rural proveería la materia prima necesaria para la industria en expansión, buscando el crecimiento balanceado de ambos sectores; sin embargo, el desarrollo urbano e industrial concentraron las ventajas más importantes del crecimiento económico, con lo cual forzaron una extracción desmedida de plusvalía del campo hacia las ciudades.[20]

Las políticas económicas de Miguel Alemán, entre 1947 y 1952, se centraron en la promoción de la industrialización y urbanización del país de una manera que no tuvo precedente en el país. Para el grupo gobernante, la institucionalización del Estado revolucionario requería de un nuevo vigor económico que reforzara el ritmo de la urbanización e industrialización, así como de una nueva perspectiva modernizadora en la cual una buena relación con Estados Unidos jugaría un papel fundamental. Esto, como el tiempo lo demostraría, también reforzaría la cohesión política del país y consolidaría la supresión de riesgosas autonomías comunitarias, con lo cual se evitarían futuras revueltas populares.[21] Nuevas dependencias de gobierno y empresas paraestatales fortalecieron la maquinaria burocrática del Estado y su capacidad de dominio, así como la maquinaria industrial del país, con lo cual se estimuló la inmigración masiva de población rural hacia las ciudades, particularmente a la ciudad de México. Por otra parte, el Estado aumentó las oportunidades crediticias y de consumo a efecto de satisfacer las aspiraciones de la clase media mexicana por incorporar algunos de los beneficios materiales característicos de la cultura consumista estadounidense. De este modo, el Estado posrevolucionario buscó fortalecer su propio modelo de desarrollo económico y estabilidad política, en tanto que al mismo tiempo pretendía elevar su legitimidad entre los sectores medios de la sociedad.

Miguel Alemán y su grupo político hicieron de la estabilidad política y el crecimiento económico urbano-industrial las prioridades de su administración. Las clases medias en expansión se volvieron esenciales a efecto de dar mayor validez al proyecto político posrevolucionario, pues tales grupos parecían representar uno de los éxitos más importantes del desarrollo urbano y la movilidad social. Bajo el régimen de Miguel Alemán, de hecho, la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) —creada por Manuel Ávila Camacho desde 1943 como una de las corporaciones importantes integradas al partido oficial—, obtuvo un impulso político sin precedente. Esta organización fue integrada por miembros del creciente contingente de clases medias urbanas, entre burócratas, pequeños propietarios, comerciantes e industriales, profesionistas, intelectuales, maestros y estudiantes. La CNOP obtuvo una preeminencia política sin precedente, por encima de los sectores campesino y trabajador. El Partido Revolucionario Institucional (PRI), rebautizado durante el "institucionalizador" régimen alemanista, comenzó a ser dominado por un grupo de tecnócratas y funcionarios de alto rango con perfiles predominantemente urbanos y de clase media. La desproporcionada representación de miembros de la CNOP en el Congreso en comparación con la de trabajadores y campesinos reflejaba esta situación con gran claridad.[22]

El proyecto económico de Desarrollo Estabilizador, instrumentado durante las administraciones de Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz dio continuidad al

[20] *Ibidem*, p. 8.

[21] John Tutino argumenta que ya en 1970 habían sido eliminadas por completo las autonomías ecológicas que anteriormente habían dado oportunidad a diversas comunidades para rebelarse y poner en entredicho al gobierno en turno. Esto contribuyó a que el régimen del PRI mantuviera su dominio hasta el año 2000, sin revoluciones en su contra de por medio, y a pesar de las crisis políticas y económicas características de las últimas décadas del siglo XX. Véase John Tutino, "The Revolutionary Capacity of Rural Communities: Ecological Autonomy and its Demise", en Leticia Reina, Leticia Servín y John Tutino (eds.), *op. cit.*, p. 440.

[22] Véase Peter Smith, *Labyrinths of Power: Political Recruitment in Twentieth-Century Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1979, p. 239.

intenso ritmo de desarrollo urbano e industrial y a las oportunidades de inversión y de generación de proyectos conjuntos con la incorporación de capital estadounidense; sin embargo, dicho modelo económico provocó una mayor dependencia en la importación de bienes de capital, lo cual a la larga contribuyó a deteriorar con gran fuerza la balanza comercial del país. Desde la década de 1950, problemas de déficit fiscal, tendencias inflacionarias y el deterioro de los salarios reales evidenciaron algunas de las más importantes contradicciones de la retórica posrevolucionaria de desarrollo social y crecimiento económico. Por otra parte, en el terreno político, las confrontaciones electorales contra el régimen encabezadas por personajes como Juan Andreu Almazán en 1940, y Ezequiel Padilla en 1946, y que pusieron en entredicho la aparente estabilidad política lograda por el partido oficial, encontraron un punto culminante con la candidatura presidencial del general Miguel Henríquez en 1952 —emergida a partir de un movimiento de disidentes del propio PRI — y la controversia electoral que rodeó la toma de poder presidencial por parte de Adolfo Ruiz Cortines ese año.[23] Además, como se verá más adelante, la transición entre los mandatos presidenciales de Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos en 1958 sucedió en un contexto de fuerte movilización social y violenta represión por parte del Estado.

La influencia de la cultura material de Estados Unidos contribuyó, a partir de 1940, a moldear los valores de las clases medias mexicanas en importante medida, debido a que tal influencia era coherente con las aspiraciones de estas últimas a contar con un nivel de vida más alto. De esta manera, la posesión o no de algunos bienes materiales representativos de la "modernidad" se convirtió en indicador fundamental del significado de ser parte de la clase media en México; aunque el nacionalismo continuara como un valor esencial tanto para los grupos progresistas como para los sectores conservadores, las clases medias en general admiraban el desarrollo económico obtenido por sus vecinos al norte del río Bravo. En México, estos grupos estaban bien informados acerca de los nuevos bienes de consumo disponibles en el mercado, aunque, al mismo tiempo, su propia identidad relativa a valores y asuntos familiares permanecía como un aspecto definitorio fundamental. Conforme el consumismo se convirtió en un importante factor de identidad social para los integrantes de las clases medias, nuevos productos estadounidenses expandieron su mercado en México de manera exponencial. Así, las hojuelas de maíz Kellog's, las sopas Campbell's, los productos electrónicos, entre muchos otros, se convirtieron en algunos de los bienes de consumo más apreciados en su utilización diaria. Por otra parte, el hecho de viajar a Estados Unidos para adquirir algunos de los nuevos productos de la tecnología y de consumo disponibles en el mercado pronto se convirtió en un asunto de estatus social. En la medida en que las clases medias se enteraban de la riqueza, progreso material y organización existentes en Estados Unidos, deseaban ver materializado algo de eso en sus propios hogares como marca de distinción de su capacidad de progreso y modernidad; esto crearía también una manera fundamental para diferenciarse de los grupos populares, aunque, muy frecuentemente, las clases medias mexicanas enfrentaban las limitaciones de contar con un menor poder de compra que sus contrapartes estadounidenses, y muchos miembros de este sector social hubieron de conformarse con adquirir la versión doméstica de algunos renombrados productos extranjeros.[24] Sin embargo, el

[23] Véase el interesante estudio publicado por Elisa Servín sobre el impacto y trascendencia de la candidatura del general Henríquez en 1952 y la profunda controversia a ella aparejada: *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954,* México, Cal y Arena, 2001.

[24] Nathaniel Whetten describe con claridad la situación de las clases medias mexicanas de la siguiente forma: "Practican hábitos de limpieza e higiene y se esfuerzan por proveer sus hogares con muebles que los distingan de aquellos de las familias con menor posición social. La mayoría de estos trabajadores del gobierno se esfuerzan mucho por educar a sus hijos y buscan familiarizarse con al arte y la literatura. Algunos tratan de

Cuadro 1

Años	Inversión privada (millones de pesos)	Importaciones de bienes de capital (millones de pesos	Índice del volumen de la producción industrial 1960=100
1940	457	411	30.2
1946	2156	1572	38.1
1952	4732	5362	55.1
1958	10770	11300	84.6
1963	22936	11484	123.8
1965	27251	15764	148.5
1970	50930	23294	224.4

Fuente: Enrique Padilla Aragón, citado en Víctor Manuel Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda*, México, Grijalbo, p. 574

consumismo se volvió eventualmente un importante marcador de identidad para las clases medias mexicanas, conforme comenzó a reflejar la concreción de sus aspiraciones hacia la mejoría económica y de estatus social.[25]

El nacionalismo y la tradición coexistieron junto con modelos culturales y sociales importados de Estados Unidos. Al elevar las oportunidades crediticias y de consumo, el Estado buscaba satisfacer a parte importante de su clientela política: las clases medias. Además, la expansión del consumismo contribuiría supuestamente a fortalecer el modelo de desarrollo emprendido por el Estado. Durante el gobierno de Miguel Alemán, el consumismo se expandió de una manera sin precedente, y esta tendencia continuó constante hasta 1970. Algunas estadísticas referentes al crecimiento en la importación de bienes de capital a efecto de producir bienes de consumo preferentemente dedicados a las áreas urbanas durante el periodo son particularmente reveladoras. Como puede apreciarse en la tabla, entre 1940 y 1970 hubo una tremenda expansión en la importación de bienes de capital, que llegó a representar 80 por ciento del total de importaciones. Por otro lado, en la medida en que el índice de producción industrial y de inversión privada fue mayor, también lo fue la suma utilizada a efecto de pagar por la importación de bienes de capital. Esto pronto contribuiría a generar algunos de los más graves problemas económicos del país donde la balanza comercial y el gasto del Estado llegarían a tener amplios márgenes deficitarios.

El consumismo, sintonizado con las dinámicas de la modernización capitalista promovidas por el Estado y los medios de comunicación, ejerció una poderosa influencia sobre las clases medias mexicanas. Sin embargo, el gobierno estadounidense buscó de manera activa la ampliación de su influencia, especialmente en los terrenos cultural y educativo, con lo cual pretendía contrarrestar cualquier posibilidad de influencia comunista entre los sectores más educados de la clase media mexicana. En este sentido, la creación de la Agencia de Información de Estados Unidos (USIA) en 1940, como una dependencia del Departamento de Estado, se convirtió en un medio importante para llevar a cabo la cruzada cultural de Estados Unidos en México. Aunque el

mantener un estándar de vida mucho más alto que el que su ingreso les permite. Se afligen cuando su ropa se vuelve un poco raída y cuando su apariencia personal 'respetable' se ve amenazada. Algunas veces se ven tentados más allá de su poder de resistencia cuando se les coloca en posiciones donde manejan recursos públicos y pueden obtener pagos ilegítimos por servicios otorgados". Nathaniel Whetten, *op. cit.*, p. 25.

[25] Véase las reflexiones de Soledad Loaeza al respecto en *op. cit.*, 1988, p. 29.

objetivo original de la agencia consistía en contrarrestar la propaganda de las potencias del Eje en América Latina, su trabajo fue mucho más allá de esta proyección inicial al buscar contener las intenciones de la Unión Soviética de influir en América Latina y las actividades políticas de partidos comunistas. Por otra parte, la USIA también mantuvo especial interés en evitar la expansión de algunos grupos ultraconservadores tales como los sinarquistas y los legionarios panamericanos, que involucraban de forma significativa entre sus integrantes a gente proveniente de las clases medias, y eran considerados como amenazas importantes para la influencia estadounidense. De esta manera, existían dos frentes que podían obstaculizar de manera palpable la influencia de Estados Unidos en México: uno constituido por la izquierda política y otro por la derecha. Las clases medias mexicanas jugaban un papel importante en ambos frentes, pues los nutrían de sus representantes más destacados, como veremos a continuación.

El radicalismo de izquierda ejercía un gran atractivo entre los sectores intelectuales y altamente influyentes de las clases medias, lo cual resultaba muy preocupante para el gobierno de Estados Unidos.[26] En 1941, el nombramiento de Constantin Oumansky como el embajador soviético en México generó un momento importante de cambio positivo en las relaciones entre México y la Unión Soviética. Víctor Manuel Villaseñor describió en su momento a Oumansky como "un hombre muy talentoso y carismático, que había sido el embajador de su país en Washington."[27] Bajo el liderazgo de Oumansky, la embajada soviética, localizada en una vieja mansión porfiriana, se convirtió en un notable centro de encuentro para los más diversos representantes de la intelectualidad mexicana de izquierda.[28] También con el propósito de promover el intercambio científico y cultural entre México y la Unión Soviética, en marzo de 1944 fue creado el Instituto Mexicano-Ruso de Intercambio Cultural. De acuerdo con Víctor Manuel Villaseñor, quien en los años cincuenta se convertiría en un connotado directivo de diversas empresas paraestatales, como la Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril (CNF), este instituto constituía la primera organización de su tipo en México, establecida a efecto de promover las relaciones culturales con un país extranjero.[29] Villaseñor mismo recibió el nombramiento como secretario general del Instituto, que muy pronto comenzó a publicar la muy popular revista *Cultura Soviética,* dirigida a la intelectualidad mexicana. Personajes como el propio Villaseñor, Narciso Bassols (exsecretario de Educación durante la presidencia de Lázaro Cárdenas), y otros intelectuales y artistas también pertenecientes a la clase media, tales como

[26] El 25 de septiembre de 1946, John Edgar Hoover, director de Federal Bureau of Investigation, emitió un reporte especial al Departamento de Estado en el cual ofrecía información acerca de una publicación considerada como "comunista", la cual se llamaba *1945,* y luego de denominaría *1946.* Esta publicación implicaba como responsables directos o como colaboradores a importantes personalidades de la vida cultural e intelectual mexicana. El reporte incluye estudios detallados sobre figuras como David Alfaro Siqueiros, José Revueltas, Federico Silva, Manuel Álvarez Bravo, José Mancisidor, José Chávez Morado, José Clemente Orozco, Luis Ortiz Monasterio, Salvador Toscano, Raúl Anguiano, José Iturriaga, José Alvarado, Dolores Álvarez Cueto, Andrés Henestrosa, María Izquierdo, Carlos Chávez, Juan de la Cabada, Enrique Ramírez Ramírez, Efraín Huerta y muchos otros. Entre los participantes extranjeros distinguidos en la publicación, estaban el intelectual cubano Nicolás Guillén y el refugiado español Juan Rejano. La revista se imprimía en los "Talleres de Gráfica Popular" y era financiada por la venta de pinturas de David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, Leopoldo Méndez y Alfredo Zalce. El reporte menciona también a Miguel Alemán Valdés y a la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM), entre otros sindicatos laborales, como importantes contribuyentes financieros para la publicación. Fue catalogada como "fuertemente antiestadounidense, anticlerical, antiimperialista y pro-comunista". Esta publicación dejó de aparecer cuando Miguel Alemán tomó la investidura presidencial. Confidential U.S. State Department Central Files, Mexico, Internal Affairs, parte II 1945-1949, microficha 88/2011 b, carrete 33.

[27] Víctor Manuel Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda,* México, Grijalbo, 1976, vol. 2, p. 37.

[28] *Idem.*

[29] *Ibidem*, p. 38.

José Iturriaga, David Alfaro Siqueiros, Federico Silva, Andrés Henestrosa y Diego Rivera mantuvieron lazos muy fuertes con el comunismo, e incluso pertenecieron al Partido Comunista Mexicano (PCM). El gobierno estadounidense estaba particularmente preocupado por el hecho de que la Unión Soviética había dado pasos sólidos a efecto de allegarse la simpatía y apoyo de la población mexicana. Si no necesariamente la ideología comunista como tal, fuertes tendencias de izquierda política en diferentes niveles se abrieron camino entre muchos prominentes miembros de las clases medias.

La cruzada cultural estadounidense tuvo a los estudiantes universitarios como un objetivo primario, pues se les consideraba muy susceptibles al impacto ideológico del comunismo soviético. En aquel entonces, los estudiantes de nivel superior comenzaron a recibir una gran influencia de académicos e intelectuales de izquierda sin precedente. Diferentes profesores españoles —quienes habían llegado a México con el contingente de refugiados que huyeron de la dictadura franquista y recibieron asilo político en México en 1939— contribuyeron a esta situación mediante su trabajo en el ámbito universitario. Estos inmigrantes fueron llamados los "rojos", pues representaban al gobierno republicano de izquierda en el exilio, y tuvieron un impacto contundente en la vida cultural e intelectual de México, nutriendo al mundo académico con ideales revolucionarios y de izquierda radical. De alguna manera, el pensamiento de izquierda, que era fuertemente reprimido entre campesinos y trabajadores, contaba con mayor tolerancia en tanto se mantuviera circunscrito a los integrantes de las clases medias e intelectuales.[30] El gobierno estadounidense tachaba cualquier tipo de influencia académica e intelectual de izquierda como comunista y fuertemente contraria a sus propios intereses, aunque frecuentemente tal influencia no reuniera los requisitos necesarios para ser tachada de comunista o radical.

El gobierno estadounidense estaba particularmente interesado en consolidar la influencia cultural entre los sectores más educados de la clase media mexicana.[31] A efecto de tener éxito en su cruzada cultural, el gobierno de Estados Unidos buscó brindar su apoyo financiero a proyectos de mejora de bibliotecas y salones de clase en diferentes universidades nacionales. Atención especial fue puesta en el Instituto Tecnológico de Monterrey, en Nuevo León, pues éste fue creado con el fin de ofrecer una alternativa educativa más tradicional a la ofrecida por la educación pública superior, principalmente por la Universidad Nacional.[32] De esta manera, el Instituto Tecnológico de Monterrey se convirtió en el candidato ideal para recibir apoyo estadounidense, dado que

[30] En este sentido, Soledad Loaeza dice: "Mientras que en los medios campesinos y obreros el Estado frenaba y reprimía el desarrollo de las organizaciones ligadas al PCM, en las universidades, en los medios intelectuales y en general entre las clases medias se mostraba relativamente tolerante frente a las actividades de la izquierda". Más adelante, añade: "No obstante la debilidad del PCM, en 1960 el Congreso de Estados Unidos aseguraba que México era el país latinoamericano que producía y distribuía el mayor número de publicaciones de izquierda, y que ocupaba el segundo lugar después de Argentina en número de editoriales y librerías que difundían literatura catalogada como de izquierda". Soledad Loaeza, *op. cit.*, 1988, pp. 137-138.

[31] Luego de efectuar una descripción detallada de la población de la Universidad Nacional, localizada en la calle de Justo Sierra, Guy W. Ray, segundo secretario de la embajada de Estados Unidos en México dice al secretario de Estado que: "es específicamente entre estos elementos de la Universidad donde el menor conocimiento y entendimiento de Estados Unidos como nación existe". Confidential U.S. State Department Central Files, Mexico, Internal Affairs, parte II 1940-1944, microficha 88/2010 b, carrete 2.

[32] Respecto de este asunto, Guy W. Ray dice en misiva con fecha de 31 de marzo de 1944: "A principios de febrero, el agregado de relaciones culturales visitó la ciudad de Monterrey, Nuevo León, y le fue posible en ese momento estudiar al nuevo Instituto Tecnológico de Monterrey, Nuevo León, que se encuentra bajo la dirección del Ing. Ávalos Vez, quien perteneciera a la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica de la Ciudad de México. Este nuevo Instituto, que abrió sus puertas en septiembre de 1943 está apoyado principalmente por las industrias más importantes de la ciudad de Monterrey y consideramos que es digno de una dotación especial de recursos financieros". *Idem.*

su concepción se asemejaba en mucho a la de las universidades del vecino del norte y, por otra parte, se trataba de una de las pocas universidades que se consideraba no estaba contaminada con los ideales políticos de la izquierda radical. Además, con la finalidad de fortalecer los lazos entre México y Estados Unidos, la biblioteca Benjamín Franklin fue inaugurada en 1942, a partir del proyecto propuesto por Josephus Daniels desde 1941.[33] La meta principal de esta biblioteca fue convertirse en una empresa cultural destinada a influir sobre los grupos sociales más educados en México, particularmente las clases medias.[34]

La cruzada cultural de Estados Unidos fue recibida de manera ambivalente por la sociedad mexicana. A pesar de las simpatías que logró despertar entre ciertos sectores, no dejó de ser criticada por grupos de izquierda, y también por grupos tradicionalistas y de derecha. En general, se consideraba que una mayor influencia estadounidense constituía una amenaza frontal para la preservación de los valores y tradiciones nacionales. La clase media valoraba prioritariamente el nacionalismo, así como sus propias tradiciones culturales y familiares. Y esto era expresado con claridad por grupos políticos de derecha, con los cuales importantes sectores de las clases medias se identificaban (principalmente pequeños empresarios, comerciantes y algunos profesionistas independientes). Por ejemplo, Manuel Gómez Morín, líder perteneciente a la clase media profesionista, y fundador del Partido Acción Nacional (PAN), rechazaba de manera abierta la infuencia de Estados Unidos en México.[35] Era claro que el uso hecho por Manuel Ávila Camacho del nacionalismo como el estandarte fundamental del Estado mexicano posrevolucionario no era monopolio del gobierno, sino que también era un concepto fundamental compartido por aquellos grupos de clase media que valoraban profundamente la tradición hispánica, el catolicismo, la preservación de la familia tradicional, entre otros, en tanto que rechazaban los valores importados de Estados Unidos. Aunque el desarrollo económico y material del vecino país al norte de México resultaba particularmente atractivo para satisfacer algunas de las aspiraciones más notables de las clases medias, el nacionalismo y los valores locales también jugaban un papel esencial detrás de la definición de la identidad de clase media.

Una variedad de grupos ultranacionalistas expresaban una particular aversión a la

[33] Josephus Daniels, el renombrado embajador de Franklin Delano Roosevelt, había subrayado la importancia de ganar la confianza y apoyo de México hacia Estados Unidos.

[34] En agosto de 1943, Guy Ray certificó esto a través de su correspondencia con el Departamento de Estado en Washington, concerniente a la conveniencia de encontrar una mejor ubicación para la biblioteca. Él dice al respecto: "El tiempo mismo, el estudio de las actividades de la Biblioteca y sus funciones, así como el volumen de acceso, el tipo de visitantes serios a la Biblioteca, y conversaciones con educadores mexicanos prominentes, todo indica que la Biblioteca no está localizada en la sección de la ciudad que es más adecuada para los propósitos por los cuales fue abierta, y que se considera debería servir. De hecho, la Embajada está convencida en este momento de que consideración muy seria debería darse de inmediato a la posibilidad de determinar una localización que esté más próxima al corazón de la ciudad, adyacente a los principales edificios de la Universidad Nacional, la Secretaría de Educación Pública, el Colegio Nacional, y las escuelas preparatorias y vocacionales. Confidential U.S. State Department Central Files, Mexico, Internal Affairs, parte II 1940-1944, microficha 88/2010 b, carrete 2.

[35] Un reporte emitido el 17 de octubre de 1945, proveniente de Guy Ray al secretario de Estado identifica esta situación. En su reporte, Ray dice: "Gómez Morín afirmó en alguna ocasión que estaba preparado a admitir que México podría obtener ciertos beneficios materiales de su colaboración con los Estados Unidos, pero que él y sus amigos de Acción Nacional no tenían ninguna voluntad de cambiar la cultura mexicana y española por los beneficios físicos que podrían obtenerse a través de una asociación más cercana con los Estados Unidos. Gómez Morín admitió francamente que él se oponía a cualquier esfuerzo por estrechar las relaciones culturales entre México y Estados Unidos, y se refiere específicamente al intercambio de profesores y estudiantes, al cual se refirió como una 'contaminación de mexicanos'". Confidential U.S. State Department Central Files, Mexico, Internal Affairs, parte II 1945-1949, microficha 88/2011 b, carrete 33.

creciente proximidad entre México y Estados Unidos, además de ser ultracatólicos y admirar la España fascista de Franco e incluso la Alemania nazi. Estos grupos creían que el Estado nacional traicionaba los intereses del país al expandir su relación con Estados Unidos. Por ejemplo, organizaciones muy influyentes como el Instituto Mexicano de Cultura Hispánica fueron señalados por el gobierno estadounidense como instituciones que evidenciaban abiertamente su tendencia antiestadounidense. El Instituto fue fundado en septiembre de 1948 por notables miembros de la sociedad mexicana, como José Vasconcelos, quien era su presidente.[36] Otros prominentes simpatizantes con grupos de derecha e importantes empresarios como Santiago Galas Arce y Armando Chávez Camacho fueron integrantes del Instituto. De algunos de ellos, como Vasconcelos y Galas Arce, se decía que tenían alguna conexión con la Alemania nazi, y que también sostenían relaciones directas con el régimen de Francisco Franco, en España. Por otra parte, la Unión Nacional Sinarquista (UNS), fundada en 1937, durante los años cuarenta aglutinó importantes sectores de clase media y popular en el centro de México. Esta organización criticaba con gran ímpetu al gobierno federal y sus vínculos crecientes con Estados Unidos; era también defensora de los valores familiares y morales, basados en lo que ellos llamaban "la conciencia social cristiana" desde una perspectiva católica y nacionalista.

Conforme la influencia de los modelos de vida estadounidenses aumentaba a través de los medios de comunicación en general, el cine, los viajes de mexicanos a Estados Unidos, y de anuncios, grupos tradicionalistas en México no tardaron mucho en hacer escuchar su voz crítica ante semejante impacto. En 1945, por ejemplo, algunos de los periódicos más importantes ya expresaban una profunda preocupación social por mantener la tradición de la familia mexicana fuera de la influencia creciente de Estados Unidos, considerada como perniciosa. En 1945, la editorial del diario *Novedades* discutía acerca de lo inapropiadas que eran diversas películas estadounidenses, exhibidas en los principales cinemas urbanos.[37] El autor de esta nota fundamentaba su opinión en un comunicado emitido por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social,

[36] En comunicación del 27 de octubre de 1948 al secretario de Estado en Washington, Philip Rainer, agregado cultural de la embajada de Estados Unidos en México, describe al recientemente fundado instituto como una entidad que tiene "como funcionarios a hombres que, generalmente hablando, gozan de considerable reputación en México, a pesar de su uniforme carácter de derecha. Que el Instituto puede realizar un trabajo efectivo en el campo estricto de las relaciones culturales, entre ciertos grupos muy importantes, es obvio, previendo que se allegue de todas las oportunidades factibles a su alcance. También puede sin lugar a duda realizar un trabajo efectivo en aquellas fases de sus actividades que tienen un aspecto antiamericano y anticomunista". Confidential U.S. State Department Central Files, Mexico, Internal Affairs, parte II 1945-1949, microficha 88/2011 b, carrete 33.

[37] La editorial dice: "Con todo, si en lo esencial, y pésele a quien le pesare, México sigue siendo México; si ha logrado resistir el embate de doctrinas exóticas y de prédicas contrarias a la verdadera índole de su pueblo, no por ello dejan éstas de poner en peligro, sobre todo por lo que a las nuevas generaciones se refiere, la vida futura de la nación [...] Tanto es así, que la propia Secretaría del Trabajo y Previsión Social [...] señala claramente el peligro que entraña la exhibición de cintas cinematográficas norteamericanas, propias tal vez para nuestros 'buenos vecinos'; pero que, aquí en México, sólo han logrado que decrezca el patriotismo y se quebrante 'la unidad material y espiritual que existía en el hogar mexicano y le valió ser tomado por plausible ejemplo de todas las naciones de la tierra". Adelante, la editorial prosigue: "la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, con muy buen acuerdo por cierto, pone de manifiesto los gravísimos daños que les han causado a los niños mexicanos 'las películas norteamericanas, tales como las pornográficas, de vaqueros del oeste, descriptivas de hábitos y costumbres americanas, gángsters (homicidios, duelos, suicidios) y muchas otras más, de temas y acciones inconvenientes', señalando que los niños y los adolescentes de México se han ido acostumbrando poco a poco a juzgar a los hombres, no por sus prendas morales, sino por el buen éxito material que logran en la vida, 'y, particularmente, por sus condiciones económicas, lo cual es un sello netamente característico de la escuela norteamericana'. " Sección Editorial, *Novedades*, 13 de octubre de 1945.

en el cual esta entidad atribuía los problemas de disolución familiar, de subversión femenina de los roles tradicionalmente asumidos, y la rebeldía juvenil a la influencia "negativa" de las películas estadounidenses en México.[38] Así, el propio aparato de gobierno hacía propia la defensa de valores tradicionales, con la misma fuerza inherente a las organizaciones civiles de corte conservador. La retórica nacionalista del Estado demandaba la adopción de este tipo de postura a efecto de que el gobierno mantuviera cierto nivel de coherencia con su propio discurso de patriotismo y unidad, aunque la creciente proximidad entre México y Estados Unidos durante este periodo era un fenómeno irreversible.

A pesar de la posición política de izquierda, a veces radical, de algunos intelectuales de clase media, el anticomunismo en realidad llegó a convertirse en un importante factor de identidad de la clase media. Ésta, en general se identificaba más con los valores tradicionales y consideraba al comunismo como una amenaza para su bienestar económico y familiar. Para el Estado mexicano, por otra parte, la clase media nacional era considerada como representante de los logros del proyecto pos-revolucionario y por tanto era necesario fomentar su consolidación. Al respecto, Soledad Loaeza ha dicho: "el anticomunismo también acrecentó la importancia simbólica de las clases medias y hasta cierto punto su capacidad de negociación con el Estado y las clases altas, porque su expansión era vista como garantía de cambio social ordenado y como un antídoto contrarrevolucionario".[39] Una revolución proletaria, finalmente, atentaría directamente contra la posición de privilegio social de la clase media, por lo cual tal revolución no sería bien recibida por los integrantes de ese sector social.

En el contexto creado por la guerra fría y la definición de un bloque comunista dirigido por la Unión Soviética y otro capitalista encabezado por Estados Unidos, las clases medias mexicanas se convirtieron en un botín importante para la maquinaria propagandística estadounidense y su difusión de modelos culturales orientados a afianzar el capitalismo en México y su vínculo cada vez más estrecho con Estados Unidos. En particular, la mujer mexicana sería objetivo esencial de la cruzada cultural estadounidense. Simultáneamente, el gobierno mexicano se distanciaba cada vez más de los movimientos populares y de izquierda, y diseñaba políticas económicas adecuadas para la expansión del capital tanto doméstico como estadounidense, pero la mayoría de las veces a costa de los sectores obrero y campesino del país.

La familia y la mujer en las clases medias

Entre los valores típicos nacionales, la preservación de la tradición familiar ha sido uno de los más importantes, éste ha marcado el carácter particular de la sociedad mexicana. La familia ha sido una célula social fundamental, reproductora de valores culturales, fuente esencial para efectuar la integración entre el individuo, la patria mexicana y sus tradiciones. De hecho, en México una de las figuras retóricas más impor-

[38] Entre muchos otros aspectos, en aquella ocasión el secretario del Trabajo aseveró que: "Los hábitos torcidos que la juventud mexicana ha adquirido con la influencia del cine, se refleja grandemente en la formación de los actuales hogares, en donde es posible observar que la tradicional virtud y abnegación de la mujer mexicana, como esposa y como madre, ha sufrido modificaciones de importancia no sólo como consecuencia del comportamiento moderno de los hombres, sino también en gran parte [debido] a la influencia del cine norteamericano". Entre los resultados más negativos provenientes de dicha influencia, el secretario enunció: "Falta de responsabilidad de los padres. Incomprensión de los deberes de los hijos para con los padres. Tendencia en la mujer a obtener una mayor libertad, que con justicia debe concedérsele, pero sin que raye en los límites del libertinaje que en muchos casos se observa en la actualidad. Disminución por parte del hombre en la estimación de la honra de la mujer, sus buenas acciones y sus problemas".Nota publicada en *El Nacional,* 12 de octubre de 1945.

[39] Soledad Loaeza, *op. cit.*, 1988, p. 137.

tantes luego de la Revolución mexicana ha sido la familia revolucionaria, en la cual el presidente del país representaba al patriarca todopoderoso, responsable de sus gobernados. La familia revolucionaria llegó a simbolizar el intento del Estado mexicano por influir en todos los niveles sociales con una ideología centralista, que supuestamente facilitaría el desarrollo económico y la movilidad social del país. Así, se buscaba dar a las clases medias mexicanas el medio idóneo a efecto de crear paralelismos entre los valores familiares patriarcales y aquellos del Estado nacional. Como Octavio Paz ha dicho:

> Detrás del respeto por el Señor Presidente está la imagen tradicional del Padre [...] En el centro de la familia: el padre. La figura del padre tiene dos vertientes, la dualidad del patriarca y del macho. El patriarca protege, es bueno, sabio. El macho es el hombre terrible, el *chingón*, el padre que se ha ido, que ha abandonado a su esposa e hijos. La imagen de la autoridad mexicana está inspirada por estos dos extremos.[40]

La familia ha tenido una importancia central para la mentalidad desarrollista de la clase media; ha representado el fundamento esencial para mantener la estabilidad social y, además, supuestamente es en ella donde los valores educativos, patrióticos y morales más importantes son inculcados. Manuel Ávila Camacho, consciente de esto, hacía continua referencia a la importancia de la familia como el núcleo central de la unidad nacional, del buen gobierno y del desarrollo económico. Los valores familiares y los principios morales se presentaban como estrechamente relacionados con la esencia del significado de ser mexicano; y tales valores eran muy apreciados por las clases medias.

La profunda preocupación por la preservación de la familia no era monopolio de los sectores más tradicionalistas del país, sino que también atrajo la atención de la izquierda. En la década de 1950, José Iturriaga ejemplificaba la preocupación de la clase media en cuanto a la pérdida de valores familiares en el contexto de una mayor influencia estadounidense, así como la creciente urbanización e industrialización en México.[41] Además, Iturriaga encontraba que la desintegración de la cohesión de ciertos poblados pequeños y la disolución de su estructura social tradicional tenían relación directa con el alza en las tasas de divorcio.[42]

Iturriaga también consideraba que la cohesión familiar estaba desapareciendo en la medida en que más mujeres se integraban al mercado urbano de trabajo. Según sus estimaciones, de todo el personal que formaba parte de la población económica activa en 1904, 14.44% era de sexo femenino. De este porcentaje, 17.50% trabajaba en el comercio y en instituciones financieras, 7.64% en el servicio público, y 9.39% en profesiones liberales. El número creciente de aquellas mujeres empleadas en el servicio público luego de la Revolución fue muy importante. En este sentido, la información ofrecida por Iturriaga muestra la siguiente expansión: 1785 mujeres trabajaban en el servicio público en 1910, en tanto que 10184 así lo hacían en 1930, y 42, 227, en 1940. En el comercio, la expansión fue aún más espectacular: 39837 mujeres trabajaban en 1930 en el comercio, mientras que los números casi se triplicaron en 1940, pues para ese entonces 96697 mujeres se

[40] Citado por Eric Zolov, *Refried Elvis*, Berkeley, University of California Press, 1999, p. 4.

[41] En este respecto, Iturriaga dice: "Pero aparte de las razones estrictamente económicas y sociológicas locales que favorecen la modificación estructural de la familia, existe otra que debe mencionarse: la imitación extralógica nacida de nuestra vecindad con los Estados Unidos". José Iturriaga, *op. cit.*, 33.

[42] Iturriaga afirma: "la ciudad rompe la sensación de vecindad propia de las aldeas, de tal modo que deja de funcionar la rígida censura social tan característica de los pequeños poblados. De aquí que el divorcio y otras formas de disolución familiar aparezcan con más frecuencia en los centros urbanos que en el campo. Tan es esto así, que a pesar de que la población rural era en 1940 casi dos veces mayor que la urbana, en ésta se registraron empero cuatro veces más divorcios que en aquélla". *Ibidem*, p. 30.

dedicaban a actividades comerciales.[43] En 1960, de un total de 531, 200 mujeres económicamente activas en la ciudad de México, 239,023 trabajaban como profesionistas, directivos, o también en oficinas o comercios, en tanto que en 1970, de 711,741 mujeres económicamente activas, 348, 751 desempeñaron ese tipo de tareas propias de la clase media.[44] Esto significa que en el periodo posrevolucionario, entre 1920 y 1940, hubo una expansión sin precedente de las mujeres que desempeñaban empleos típicos de las clases medias, y que dicho crecimiento se mantuvo constante al menos hasta 1970. En 1960 y 1970, alrededor de la mitad de las mujeres económicamente activas en la ciudad de México fueron parte de las clases medias, como se puede inferir a partir del tipo de trabajo que ellas desempeñaban. La mejoría de la capacidad de consumo en el hogar de la familia de clase media demandaba el trabajo tanto del marido como de su mujer, minando con ello prejuicios patriarcales que excluían a las mujeres del terreno laboral.

El hecho de que la mujer haya elevado su participación en el mercado de trabajo no significó que su papel tradicional dentro de la familia fuera totalmente alterado. De hecho, distintos anuncios en los periódicos y en diversos medios de comunicación difundían continuamente la imagen de las mujeres como amas de casa, como madres y como fuente de moralidad y elegancia en la familia. Incluso anuncios que pretendían contribuir a vender los nuevos productos estadounidenses del momento, presentaban a las mujeres como aquellas responsables del hogar; diversos periódicos representaban a la mujeres en el acto de aprovechar los más recientes productos del progreso y la modernidad: lavadoras eléctricas, planchas, aspiradoras, etc.[45] El contar con estas innovaciones en el hogar se convirtió en un importante símbolo de estatus social entre las clases medias, además de facilitar los quehaceres cotidianos de la mujer moderna de clase media, que se veía forzada a desempeñar un doble papel: como ama de casa y empleada de oficina. Los modelos de vida estadounidenses enfatizaban el papel de la mujer como responsable de la mejoría del hogar. Las imágenes sugerían también que las mujeres deberían reexaminar y reinventar su propia imagen a través de la utilización de los nuevos productos de belleza y salud disponibles en el mercado.

Las mujeres mexicanas han ofrecido una contribución esencial para consolidar la identidad de la clase media en México en el hogar, y también en los diferentes ámbitos laborales. Al mismo tiempo de representar la estabilidad de los afectos tanto de la familia como del hombre, también han formado una parte importante de la población económicamente activa de clase media en la ciudad de México. Los empresarios estadounidenses comprendieron bien esto, como lo evidencia el hecho de que continuamente buscaron publicar revistas cuyo objetivo era difundir los valores culturales propios del consumismo entre mujeres y muchachas mexicanas. En una de sus crónicas, Salvador Novo, por ejemplo, describe la visita de George Hecht, quien era el propietario de una gran variedad de publicaciones periódicas para niños y jóvenes en Estados Unidos. De hecho, cuando Hecht llegó a México, ostentaba múltiples cartas de recomendación firmadas por varios oficiales del

[43] *Idem.*

[44] Véase Dirección General de Estadística, VIII Censo General de Población, 1960, Secretaría de Industria y Comercio, 1962, p. 421 y Mercedes Pedrero, *Indicadores para el estudio de la población económicamente activa basados en la información censal de 1970,* Dirección General de Estadística, 1970, p. 251.

[45] Una revision aleatoria de diferentes números de los periódicos *Excélsior y Novedades* entre 1940 y 1960 ofrece múltiples ejemplos de la imagen de la mujer en el hogar en el contexto de los valores familiares de la clase media y del creciente consumismo. Durante tal periodo, las mujeres en el hogar eran presentadas como muy bien vestidas y atractivas, mientras que al mismo tiempo cuidaban de sus hogares utilizando algunos de los nuevos utensilios domésticos (aspiradoras, planchas, etc.) importados de Estados Unidos.

gobierno estadounidense, y especialmente por el comisionado para la educación de Estados Unidos. Estas cartas le sirvieron como presentación a efecto de poder concertar una cita con Jaime Torres Bodet, máxima autoridad de la secretaría de Educación. Hecht deseaba editar diferentes tipos de publicaciones periódicas en español en México; sin embargo, tenía un interés particular por realizar la versión en español de su revista publicada en Estados Unidos, denominada *Call for Girls*, que en México sería llamada *Muchachas*. Como Novo dice: "se destinará a pochizar a las changuitas de los doce a los veinte años..."[46] En su crónica, Novo no puede dejar de criticar la creciente invasión de empresas y técnicos extranjeros al país, hecho que lastima a las empresas nacionales y los sueldos ofrecidos a los trabajadores locales.[47] Diversos medios de comunicación financiados por Estados Unidos, como puede deducirse, jugaron un papel fundamental en la cruzada cultural emprendida a efecto de elevar la identificación de la sociedad mexicana con los valores propios del capitalismo.

Como propagadoras centrales de valores diversos dentro de la familia, las mujeres se convirtieron en un objetivo esencial de la influencia cultural estadounidense sobre la sociedad mexicana; su impacto como líderes de opinión en el hogar era fundamental a efecto de propagar los modelos estadounidenses de vida y consumo. En otra muy interesante crónica, Novo hace referencia a un proyecto emprendido por una revista con la finalidad de estimular a las mujeres a ahorrar su dinero en ciertas instituciones financieras particulares, a efecto de que pudiesen contar con algunos recursos económicos "extras" disponibles que les permitieran mejorar su propia imagen y la de su hogar en el corto plazo. La revista afirmaba que esto constituiría un medio excelente para mantener a sus maridos en casa, dado que ellos así disfrutarían en ésta del espacio de paz y tranquilidad del que carecían en las calles. Este proyecto claramente se dirigía a las mujeres de clase media.[48] Sin embargo, esta idea de "americanización" del hogar mexicano no tomaba en cuenta el especial culto por las plazas y espacios públicos predominante entre los mexicanos. Desde tiempos prehispánicos y luego durante la Colonia, la plaza pública representaba un espacio fundamental para la socialización y autoafirmación en México. De esta manera, luego de llegar a casa, provenientes de su trabajo, muchos maridos mexicanos de clase media estaban más interesados en salir a la calle con sus mujeres que en permanecer en casa para disfrutar de cualquier posible embellecimiento emprendido por ellas. En este respecto, Novo hace referencia a algunas personas próximas a él para quienes ni la mejora de sus hogares ni el pasar un mayor tiempo en casa se contaban entre sus prioridades más altas.[49] A pesar de lo mucho que las imágenes difundidas por anuncios estadounidenses contribuían a fortalecer la estima por el hogar y por el papel de las mujeres como amas de casa modernas, frecuentemente

[46] Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*, p. 312.

[47] *Idem.*

[48] En cuanto a este proyecto, Novo dice: "Al leer esto, recuerdo que un amigo mío, cuyo hijo acaba de casarse con una chica norteamericana, se ha visto felicitado por ello por más de un marido mexicano de señora también mexicana. El argumento es que las americanas saben retener a sus maridos mejor que las mexicanas. Les hacen agradable el hogar. Disponen atractivamente la mesa, preparan bonitos desayunos y comidas, andan siempre arregladas y pintadas, estudian la luz, el sillón cómodo, las revistas agradables, el tabaco; aprenden a preparar cocktails y highballs. A cualquier hora que llegue el marido, aunque llegue con amigos, le hacen de comer, le sirven de beber, con estereotipada sonrisa [...] Las mexicanas, en cambio, según los informes autorizados de las fuentes experimentales, andan preferentemente en fachas, en chanclas, en bata, despeinadas. Si se les va la criada, ya no hay modo de comer, y la presencia inesperada de visitas es para ellas una tragedia insuperable". *Ibidem*, p. 400.

[49] *Idem.*

estas imágenes se hallaban en conflicto con las costumbres y valores mexicanos.

Los movimientos contraculturales y de oposición

No toda la influencia proveniente de Estados Unidos, sin embargo, fue ejercida a través de aspectos relacionados con la promoción de la cultura del consumismo y de la modernización de los hogares, contribuyendo con ello a conservar y afianzar los parámetros de orden social propios del capitalismo. Durante las décadas de 1950 y 1960, la influencia de fuertes tendencias liberales y movimientos contraculturales ganó muchos adeptos entre los jóvenes de la clase media. Esta juventud no era tan orientada a la preservación de los valores familiares ni estaba tan satisfecha con el orden social prevaleciente como aparentemente lo habían estado sus padres. Muchos jóvenes de clase media comenzaron a rechazar el sistema patriarcal y la moralidad rígida que había sido tan importante para la autoconcepción de la clase media. El radicalismo de izquierda, anidado detrás de los muros universitarios, había sido muy importante para dar forma a esta oposición juvenil. La aparición misma de un movimiento contracultural en la década de 1960 se convirtió en uno de los marcadores sociales más importantes entre la juventud de clase media, debido a que era prácticamente el monopolio exclusivo de sectores de la juventud con cierto nivel educativo y predominantemente urbanos, quienes atacaban frontalmente el sistema político y social que a fin de cuentas había contribuido a moldear su propia condición como parte de la clase media.[50] Hubo una fuerte reacción antagónica por parte de sus padres y de las autoridades ante esta rebeldía, y organizaciones conservadoras como la Liga Mexicana para la Decencia abrieron una ofensiva abierta contra ese movimiento contracultural, a través de la censura continua de espectáculos públicos, de la prohibición de escenas de nudismo en las películas, y de la crítica feroz en contra del "rock and roll" y la rebeldía juvenil. Finalmente, el rock and roll fue domesticado de alguna forma a través de la creación de inocuas versiones mexicanas, interpretadas por cantantes como Enrique Guzmán, César Costa, Angélica María y Julissa.[51] Sin embargo, los sectores de clase media más educados y progresistas mantuvieron su lealtad al rock original proveniente de Inglaterra y de Estados Unidos, así como a algunas de las versiones mexicanas con mayor fuerza contracultural de ese tiempo. Además, no pasaría mucho tiempo antes de que Jimmy Hendrix, los Doors, Janis Joplin, los Rolling Stones y los Beatles se convirtieran en símbolos de cambio y confrontación social entre la juventud de clase media.

A partir de la década de 1950, y principalmente durante los años sesenta y setenta, el rock and roll comenzó a tener un fuerte impacto entre la juventud, volviendo más agudas las contradicciones entre los valores tradicionales

[50] En cuanto a esto, Gabriel Careaga dice: "La juventud autoritaria de clase media frecuentemente aparece insatisfecha e impaciente y tiende a participar en grupos rebeldes, enfrentando la cultura y organización de la sociedad". Gabriel Careaga, *Mitos y fantasías de la clase media en México,* México, Océano, 1976, p. 67.

[51] De acuerdo con esto, Zolov dice: "La contención del 'rock 'n' roll' a principios de los años sesenta fue parte de un movimiento más amplio de control de los límites de las representaciones en los medios de comunicación. Tales esfuerzos por 'limpiar' la representación del México moderno no se originó en los agentes pertenecientes a los medios de comunicación, sino que bajo la presión de grupos conservadores de censura y la ley de 1960 que regulaba las transmisiones al aire. El mayor esfuerzo posible fue hecho a efecto de demostrar la voluntad de conformarse en lugar de provocar. Así, en julio de 1963 la Cámara Nacional de las Industrias de Comunicación enviaron una carta al presidente López Mateos reafirmando su compromiso de 'elevar el nivel cultural, cívico y social de nuestras transmisiones a efecto de cumplir de manera fidedigna con la función social requerida por la ley'" Eric Zolov, *op. cit.*, p. 89.

[52] Zolov dice: "La tensión entre aceptar el rock 'n' roll como agente modernizador, y verlo como la encarnación de la amenaza a la estabilidad social se ponía de manifiesto en la prensa y en la mentalidad pública

de las clases medias y las tendencias modernizadoras altamente influyentes entre las generaciones más jóvenes.[52] Mediante la conexión con la nueva ola del rock and roll, algunos de los sectores de clase media más progresistas buscaron crear una identidad alterna a través de la cual pudieran contrarrestar algunos de los aspectos más tradicionalistas del sistema social prevaleciente. Los representantes de tales sectores hallaron refugio en cafés alternativos y existencialistas, así como en puntos de encuentro variados, ubicados en sitios como la Zona Rosa.[53] Sin embargo, el rock and roll y la contracultura por sí mismos no serían el principal detonador detrás de la rebeldía juvenil de la época. En cambio, como se verá a continuación, profundas contradicciones sociales y económicas ocurridas en el escenario político mexicano, que subvertían muchos de los paradigmas de educación y movilidad social de las clases medias, estimularon el descontento de la juventud de una manera incontrolable y su creciente identificación con la izquierda militante.

Los maestros y los estudiantes resaltan entre los herederos más importantes de la izquierda mexicana y su fuerte crítica en contra del sistema político imperante. Entre 1940 y 1970, maestros y estudiantes universitarios frecuentemente se unieron a trabajadores y grupos populares en su protesta contra las políticas del Estado. Por ejemplo, en el periodo de transición entre la administración de Adolfo Ruiz Cortines y la de Adolfo López Mateos, entre 1958 y 1959, importantes conflictos sindicales surgieron en el escenario político nacional. Maestros y estudiantes se unieron a trabajadores de los telégrafos, de los ferrocarriles y del petróleo a efecto de repudiar el sistema del "charrismo" (sistema de líderes sindicales cooptados, manipulados por el Estado), y sufrieron la violenta represión del Estado. Al hacer frente común con grupos de clase trabajadora, maestros y estudiantes ejemplificaron el alto nivel de capilaridad social propio de las clases medias,[54] fortaleciendo con ello su propia posición política desde la cual enfrentaban al gobierno. En el caso de los estudiantes, los hijos de la revolución se rebelaban en contra del

durante la segunda mitad de la década de 1950. Este conflicto reflejaba los cambios profundos presentes en la vida diaria; los más estrechos lazos con los Estados Unidos, expresados especialmente a través de la creciente cultura consumista; la rápida transformación del entorno urbano, reflejada en el desarrollo de nuevas obras públicas y de una creciente migración rural hacia la capital; un entorno político en el cual la retórica de la Familia Revolucionaria era subyacente a la realidad de un sistema político cerrado. Los héroes oficiales de la Revolución llegaban a tener menos relevancia para la nueva generación de jóvenes urbanos que descubrieron una conexión más próxima con James Dean y Elvis Presley que con Benito Juárez o Emiliano Zapata. Esto era aún más cierto si la comparación se hacía con Jorge Negrete o Javier Solís (renombrados cantantes de música ranchera)". *Ibidem*, p. 40.

[53] La Zona Rosa es un sitio ubicado en una de las plazas más importantes de la ciudad de México, cercana a la céntrica intersección entre la avenida Insurgentes y Paseo de la Reforma. Durante los años sesenta y setenta, la Zona Rosa se convirtió en el lugar de encuentro de todo tipo de intelectuales, bohemios, hippies, y personas con estilos de vida alternativos. Los muchos cafés, galerías de arte y tiendas exóticas del área simbolizaban la profunda transformación de los sectores más jóvenes de la clase media. La Zona Rosa ofrecía un espacio en el cual el autoritarismo de los padres de familia y del Estado eran mantenidos a raya.

[54] En lo referente a la capilaridad social de las clases medias, González Cosío dice: "Es importante también describir cómo las clases medias de la sociedad europea del siglo XX y las clases medias de distintos países latinoamericanos, asiáticos y africanos actúan como sectores intermedios que se mueven en la zona de capilaridad social. A veces se adscriben a luchas concretas del proletariado y otras a objetivos de la burguesía. Siguen en términos de Simmel, patrones de conducta y valores de las clases altas y son además transmisores de éstos hacia las clases populares siguiendo así la 'catarata' de la moda que los hace tan cambiantes y anacrónicos, apetitos que van desde un afán de cierta aristocracia hasta el orgullo de dignidades académicas, con sentimentalismos y actitudes morales que corresponden tanto a los estratos medios anteriores a la industrialización como a los restos de una antigua nobleza que no logra desmoronarse totalmente o al pragmatismo brutal de los primeros capitalistas." Arturo González Cosío, *Clases medias y movilidad social en México*, México, Extemporáneos, 1976, p. 43.

"padre" autoritario, representado por el Estado, que les ofrecía todo, menos autonomía política y certeza económica.

La radicalización entre los estudiantes evidenciaba importantes fallas tanto en las políticas estatales de captación de las clases medias, como en la cruzada cultural de Estados Unidos. Algunos años antes de los acontecimientos de 1958, el gobierno de Estados Unidos ya expresaba gran preocupación por la adhesión de estudiantes a la izquierda, lo cual se evidencia en la correspondencia sostenida entre la embajada estadounidense en México y la Secretaría de Estado, referente a la huelga de 1956 en el Instituto Politécnico Nacional.[55] En esa ocasión, el gobierno trató de ser cuidadoso a efecto de no ganarse la desconfianza de las clases medias y de la intelectualidad mexicana, evitando la represión violenta de los estudiantes, notables representantes de la movilidad social tan pregonada por los gobiernos posrevolucionarios. Además, la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) se volvió extremadamente influyente y capaz de confrontar a las autoridades institucionales.[56] Sin embargo, en las manifestaciones y paros de 1958 el gobierno no mostró estar tan indeciso en cuanto a su respuesta represiva como lo había estado antes, y aplicó toda la fuerza de la policía en contra de los huelguistas: trabajadores, maestros y estudiantes. La situación política y económica del país se deterioró conforme la década de los cincuenta llegaba a su fin y la de los sesenta traía consigo su historia de profunda turbulencia social.

En los años sesenta, la movilización de universitarios y de la intelectualidad izquierdista de clase media confrontó más que nunca al sistema político mexicano, conforme contradicciones importantes en el modelo de estabilidad con crecimiento económico se volvieron evidentes: durante esos años, por ejemplo, la brecha educativa en el país entre las clases medias y altas urbanas, y los pobres en el campo se volvió abismal. En 1960, 40 por ciento del total de estudiantes inscritos en la educación media vivía en la ciudad de México, en tanto que ésta sólo concentraba a 14 por ciento de los jóvenes con la edad correspondiente a ese nivel educativo. Por otro lado, 73 por ciento de los estudiantes de educación superior se concentraba en la ciudad de México, en tanto que sólo 15 por ciento de las personas con la edad correspondiente vivía ahí.[57] Por otra parte, de acuerdo con un estudio efectuado por el Banco

[55] En este reporte del 27 de junio de 1956, John Cates, primer secretario de la embajada, incluye algunas notas publicadas en El Universal refiriéndose a la presencia de comunistas dentro del movimiento del Politécnico, y la manera, según él, en que hacían peligrar la seguridad interior de México. En este documento, Cates también dice, "Otros aspectos numerosos de la huelga, considerablemente fuera del curso normal de un supuesto movimiento estudiantil por mejores condiciones, también sirvieron para resaltar la actitud inusual del gobierno. Notables entre los mayores aspectos de la huelga fueron los ataques a los Estados Unidos y al programa de cuatro puntos, el involucramiento de organizaciones comunistas internacionales y las ampliamente comentadas implicaciones políticas internas de la huelga. El gobierno se comportó como si estuviera confrontando una maniobra mayor particularmente complicada, ejecutada por sus oponentes políticos. La policía y el ejército fueron notables por su indecisión, incluso en momentos en que las hordas de estudiantes se volvieron totalmente incontrolables. Se dice que era política del gobierno el evitar el derramamiento de sangre. El secretario de Educación pacientemente continuó con sus reuniones con los líderes estudiantiles a pesar de la insolencia de muchos de ellos hacia él. No causaba poca sorpresa para el observador exterior que el secretario tratara con tales líderes, a pesar de que muchos de ellos tienen muy pocas cualidades para ser llamados estudiantes." Confidential U.S. State Department Central Files, Mexico, Internal Affairs, 1955-1959, microficha 89/8019, carrete 21, pp. 1 y 2.

[56] En un reporte al respecto, se dice: "Desde su fundación en 1937, la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos [...] ha ejercido un poder creciente dentro del Instituto Politécnico. Directores de esa institución no han durado más de dos años ni han sobrevivido la oposición de los líderes de la FNET. Profesores nombrados por la Federación han formado una casta especial con fuertes intereses económicos y políticos". Reporte de John M. Cates, Confidential U.S. State Department Central Files, Mexico, Internal Affairs, 1955-1959, microficha 89/8019, carrete 21, p. 3

[57] Véase Charles Nash Mayers, *op.cit.* p. 106.

de México en 1968, mientras que en 1950 los dos deciles más altos de la población recibían 59.8 por ciento del ingreso nacional, en 1968 estaban recibiendo 67.5 por ciento. Por otra parte, los dos deciles más bajos de la población que recibían 5.1% del ingreso nacional, sólo obtenían 3.6 por ciento de tal ingreso en 1968.[58] Además, el creciente recorte del presupuesto educativo, llevado a cabo por el régimen de Díaz Ordaz, y la proximidad de los Juegos Olímpicos que tendrían lugar en la ciudad de México, elevaron la animosidad entre los estudiantes e intelectuales de izquierda: ¿cómo era posible que el Estado proyectara invertir valiosos

Tabla 1.

Presidente	Año	Presupuesto autorizado	Presupuesto utilizado	Diferencia	Presidente	Año	Presupuesto autorizado	Presupuesto utilizado	Diferencia
Obregón	1920	1.1	1.3	0.2	Alemán	1946	17.3	11.2	-6.1
	1921	3.9	4	0.1		1947	13.3	10.1	-2.2
	1922	13	5.1	-6.9		1948	10.7	8.5	-2.2
	1923	15	9.3	-5.7		1949	11	7.5	-3.5
	1924	8.6	9.3	1.6		1950	11.4	9.1	-2.3
Calles	1925	7.3	7.1	-0.2		1951	11.5	7.8	-3.7
	1926	8.5	7.7	-0.8		1952	10.7	7.1	-3.6
	1927	8.3	8	-0.3	Ruiz Cortines	1953	11.5	9.3	-2.2
	1928	9.3	9.3	0		1954	12.6	8.7	-3.9
Maximato	1929	9.6	10	0.4		1955	12.5	8.2	-4.3
	1930	11.3	11.5	0.2		1956	12.5	8.8	-3.7
	1931	11.8	13.8	2		1957	13.6	9.1	-4.5
	1932	12.7	12.9	0.2		1958	13.7	9.6	-4.1
	1933	14.7	12.7	-2	López Mateos	1959	15.8	10.6	-5.2
	1934	12.8	11.8	-1		1960	18.4	9.7	-8.7
Cárdenas	1935	16.2	12.6	-3.6		1961	19.1	10.8	-8.3
	1936	17	12.8	-4.2		1962	20.9	12.4	-8.5
	1937	18.1	13.6	-4.5		1963	21.8	14.2	-7.6
	1938	16.3	13	-3.3		1964	25.5	13.2	-12.3
	1939	15.3	11.7	-3.6	Díaz Ordaz	1965	25.6	11.1	-14.5
	1940	16.5	12.4	-4.1		1966	25.7	14.5	-11.2
Ávila Camacho	1941	15.8	11.2	-4.6		1967	26.1	12.9	-13.2
	1942	16.4	10.2	-4.2		1968	26.8	14.1	-12.7
	1943	13.7	8.8	-4.9		1969	27.7	14.2	-13.5
	1944	10.8	8.9	-1.9		1970	28.3	14.8	-13.5
	1945	17	10.8	-6.2					

[58] Citado por Víctor Manuel Villaseñor, *op. cit.*, p. 569.

recursos financieros en la organización de los Juegos Olímpicos, mientras que a la vez reducía el gasto social?

Como se puede apreciar en la tabla, el régimen de Díaz Ordaz subutilizó cantidades significativas del presupuesto educativo aprobado por el Congreso. Por otro lado, algunas partes importantes de tal reducción impactaron en los recursos financieros dedicados a la educación superior. La intermediación política a efecto de contener el movimiento estudiantil hubiera sido posible a través de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, pues algunos de sus jóvenes miembros fueron también líderes del movimiento estudiantil universitario.[59] A pesar de que la CNOP existía a efecto de constituir el medio de captación de miembros de la clase media, e incluso proyectarlos políticamente, durante los años sesenta este organismo seguía siendo demasiado rígido y jerárquico como para poder negociar con los sectores más jóvenes y radicales de las clases medias, además de que las estrategias de reclutamiento de esta organización estaban en exceso condicionadas al activismo político abierto bajo el patronato de sus dirigentes. Esta situación no resultó ser favorable para obtener la afiliación de muchos intelectuales y representantes de las clases medias de izquierda altamente educados, quienes no deseaban ser capturados en una red política de patronato-clientelismo. A pesar de las oportunidades de movilidad social para la juventud de clase media, ofrecidas a través de la educación superior y el posterior acceso a diversos puestos en la administración pública, el control ejercido por la CNOP sobre los sectores educados de izquierda de las clases medias no fue tan efectivo y directo como hubiera sido necesario a efecto de mitigar la movilización radical en el escenario de la educación pública superior a finales de la década de 1960.

Al enfrentar la creciente protesta organizada por los estudiantes, el Estado demostró su falta de recursos; las políticas represivas de Díaz Ordaz, que culminaron en la masacre de la Plaza de Tlatelolco en octubre de 1968, fueron el mejor reflejo del gran abismo existente entre el aparato político y las fuerzas subversivas de estudiantes y maestros organizados. El año de 1968 marcó un cambio fundamental en la relación entre la sociedad mexicana y el Estado; mucha de la credibilidad que el Estado había ganado en años anteriores entre las clases medias mexicanas, se perdió a partir de ese momento.

En un contexto dominado por problemas inflacionarios y el déficit fiscal, Díaz Ordaz trató de garantizar la continuidad del modelo de desarrollo estabilizador a través del apoyo incondicional al capital privado con bajos impuestos y buenas oportunidades para el financiamiento industrial, aparejados a la reducción del gasto público en programas sociales como educación y salud, a efecto de evitar mayores problemas fiscales. Sin embargo, al limitar el ejercicio del presupuesto educativo, Díaz Ordaz despertó la ira de los estudiantes y de otros sectores clave de la intelectualidad mexicana: estaba reduciendo las oportunidades para la movilidad social de la juventud mexicana. La nueva izquierda de clase media, fuertemente arraigada detrás de los muros universitarios, halló en esto motivación fundamental para confrontar al estado posrevolucionario, haciendo evidentes más que nunca sus profundas contradicciones.

Conclusiones

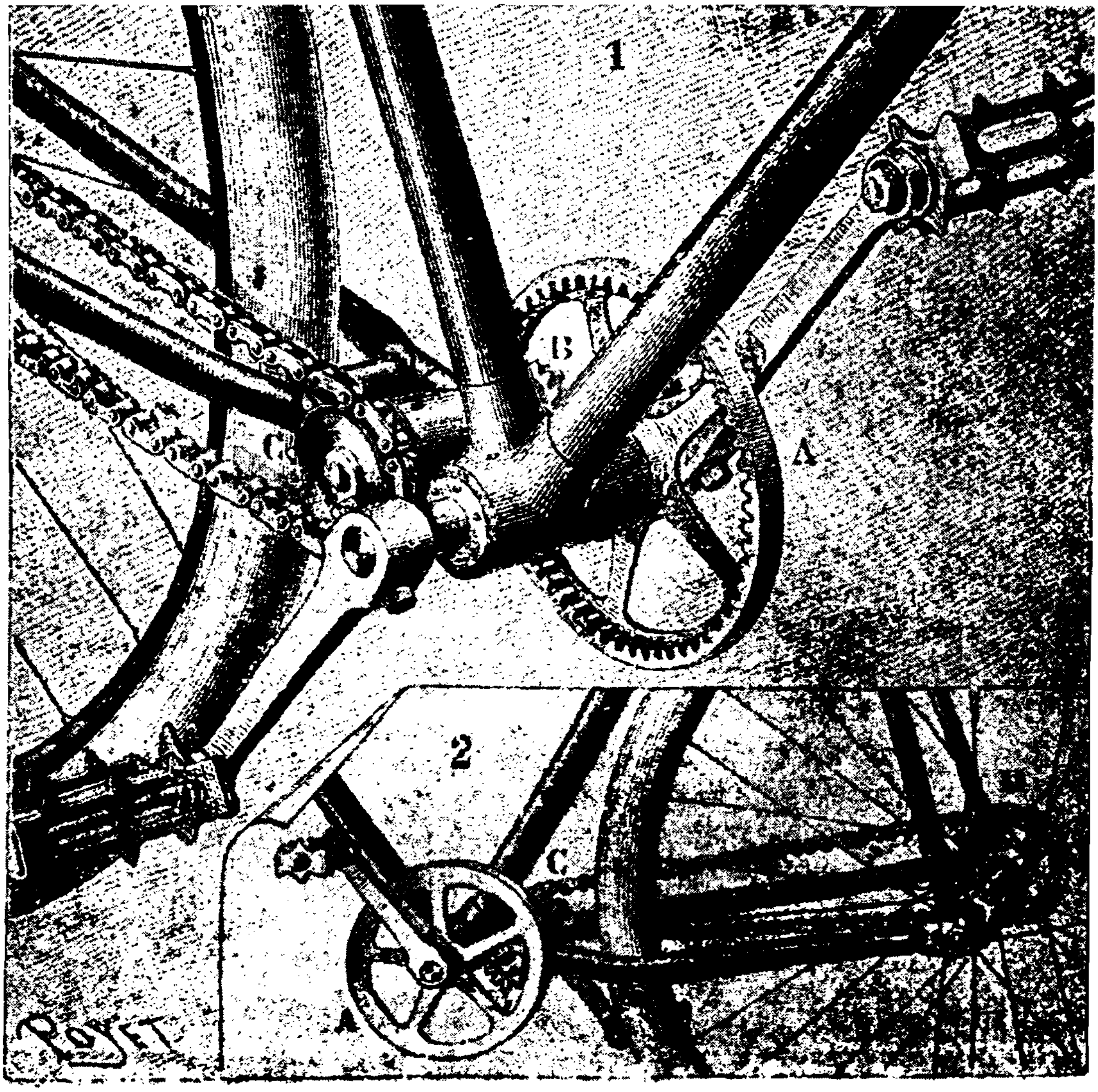
Entre 1940 y 1970, las clases medias mexicanas consolidaron una identidad que reflejó las múltiples contradicciones del Estado mexicano y sus políticas de modernización. De manera simultánea al desarrollo de una autodefinición de clase media basada en el respeto a valores tradicionales y aquellos propios del nacionalismo, profundas influencias de los modelos de vida estadounidenses, patrones de consumo y tendencias modernizadoras contribuyeron a moldear la identidad de la clase media de manera importante. Por otra parte, a pesar del profundo

[59] Véase David Schers, *The Popular Sector of the Partido Revolucionario Institucional of Mexico,* Tel Aviv, Tel Aviv University, 1972, pp. 25-26.

patriarcalismo imperante entre los miembros de las clases medias, este sector social ha sido, al mismo tiempo, moldeado significativamente por sus mujeres, tanto en el hogar como en el trabajo, como lo demuestra el papel clave que ellas han desempeñado como parte de la población económicamente activa de clase media. A partir de 1940, las clases medias ampliaron su identificación con los modelos de vida estadounidenses, no obstante el hecho de que muchos de sus miembros más influyentes y educados también mantuvieron un estrecho contacto con la cultura soviética y la ideología comunista. La influencia de Estados Unidos se volvió decisiva en la configuración de la cultura de consumo y las aspiraciones materiales de las clases medias, aunque la retórica política y fuertes tendencias culturales, intelectuales y académicas mantuvieron sólidas conexiones con la izquierda. Estas conexiones fueron claramente identificables en la esfera de la educación superior, en la cual la Universidad Nacional gradualmente se volvió un centro activo de las corrientes políticas de izquierda, mientras que el Instituto Tecnológico de Monterrey era considerado como la universidad modelo de la clase media y alta entre los sectores mexicanos más tradicionalistas, así como en Estados Unidos.

La cruzada cultural realizada por Estados Unidos, a efecto de impedir que la influencia comunista y de izquierda en general obtuviera mayor apoyo por parte de influyentes sectores pertenecientes a las clases medias, tuvo éxitos importantes en algunas áreas, aunque también presentó notables fallas. La cruzada fue exitosa en la medida en que contribuyó a elevar el grado de influencia de los modelos de vida estadounidenses entre la mayoría de los integrantes de las clases medias, y también fortaleció la antipatía de muchos de ellos en contra del comunismo al percibir esta ideología como una amenaza a sus posibilidades de ascenso social basadas en su capacidad de consumo y la existencia del libre mercado. Sin embargo, la cruzada falló pues fue incapaz de contrarrestar crecientes tendencias en los medios académico y político que fortalecieron la radicalización hacia la izquierda entre los estudiantes y diversos sectores altamente influyentes de la intelectualidad mexicana. Es importante notar que la llegada de inmigrantes españoles, que trajeron consigo sus ideales de anarquismo, comunismo y radicalización a la vida educativa y cultural de México, también contribuyó a fortalecer el impacto político de la izquierda en el país.

Los conflictivos acontecimientos que tuvieron lugar a finales de la década de 1960 constituyen la evidencia más importante de la falla tanto del Estado mexicano como de Estados Unidos para contener la inconformidad de los jóvenes de clase media; ni el sistema autoritario de patronato y clientelismo del PRI, ni el impacto de la influencia estadounidense pudieron contrarrestar las contradicciones inherentes a las clases medias y su relación con el sistema político, lo cual no hizo sino estimular la rebeldía y ambiciones de reforma social entre sus representantes más jóvenes. A fin de cuentas, la influencia cultural estadounidense también fue víctima de tales contradicciones debido a que su faceta subversiva y contracultural contribuyó a incrementar la conciencia liberal de la juventud y su identificación con tendencias progresistas y antipatriarcales, en un contexto dominado por el rock and roll y la revolución sexual de los años sesenta y setenta. Además, la radicalización de la juventud se hizo más fuerte, y se allegó de un número mayor de representantes, en la medida en que las contradicciones políticas y económicas del país se volvieron más profundas, probando que el modelo de desarrollo social y de control político defendido por el Estado mexicano ya no era capaz de satisfacer las demandas de la ambiciosa y educada juventud de clase media.



MECANISMO DEL APARATO "BOUDARD."